

AP Spanish Language



AP Spanish Language 2011 Summer Assignment

For all the students entering the Advanced Placement Spanish Language Course (LS52) in the fall: This is a required assignment, which is to be handed in on the **first day of class (mini Schedule), September 7th, 2011**. Students will be tested on this assignment during the first few days of class.

Grammar: from *REPASO, A Complete Review Workbook for Grammar...*

Review chapters 1-14 and 16-17.

Literatura: *La prodigiosa tarde de Baltazar*, by Gabriel García Márquez

1. Read GGM biography: http://www.themodernword.com/gabo/gabo_biography.html
2. See vocabulary list. Practice the words aloud, on laptop (*Audacity*) before you actually begin reading the story
3. Read the story. (At least three times!!)
4. Answer questions 1-17

Listening comprehension

The AP Spanish Language class will be conducted entirely in Spanish. In order to improve your listening skills you need to be exposed to the Spanish Language as much as possible. **The following activities must be performed regularly during the summer** in order to receive exposure to the target language in different contexts, registers, styles, voices, and speaking accents.

Listening to Songs: The music industry today provides a wide range of CD's/ videos in Spanish.

Radio, television and Internet: In Maryland there is access to local radio and television Spanish programming.

Radio La Mega (fm 92.7), radio Borinquen (am 90), radio El Zol (99.5) Univision , *Maryland Public Television* en español. Recommended: daily news (at 6:30 pm and 11:30 pm, Univision). BBC Languages: <http://bbc.co.uk/languages/> and RADIO NACIONES UNIDAS: <http://www.un.org./radio/es> Come prepared to discuss your listening experiences in class.

Deseo que pasen un lindo verano lleno de agradables aventuras literarias!!!!

Señora M.T.Vasta

VOCABULARIO La prodigiosa tarde de Baltazar

la jaula	cage
colgar (o→ue)	to hang up
descargar (o→ue)	to take down (with telephone: to pick up the receiver)
el alero	eave
por la fuerza de	because of...
pt gente	so many people
un tumulto	turmoil; tumult

frente a	in front of
un capuchino	monk (from the order of St. Francis)
una barba	
de dos semanas	a beard of two weeks
un cabello corto	short hair
las crines del mulo	mane of a mule
asustado(a)	frightened
cumplir 30 años	to reach 30 years old
ni siquiera	not even
acababa de + inf.	had just...
apenas	hardly, scarcely
reposarse	to rest; repose
un rato	a little while
la hamaca	hammock
descuidar	to neglect; disregard
la carpintería	carpentry; carpenter's shop
el carpintero	the carpenter
disgustar	displease
el disgusto	displeasure; annoyance
por entero	entirely
disparates	foolish remarks
afeitarse	to shave oneself
antes	before(time)
ante	physical appearance before a person of authority
planchar	to iron

junto a...	next to...
llevar	to wear; carry; bring
llevarse	to take away
cobrar	to charge
transnochar	have a sleepless night
una penumbra	semi-darkness; shadow
soportar	to tolerate
soportable	tolerable
el pito de	
las chicharras	the whistling of the cicadas
la noticia	the news
las macetas	
con flores	flower pots w/flowers
los canarios	canaries
pensar en algo	
pensar en alguien	to think about something/someone
los trapecios	trapezes; perches
una fábrica de hielo	an ice factory
cuidadosamente	carefully
ruborizarse	to blush; turn red
una gordura lisa	a flabbiness
girar	to turn; revolve
un cura	a priest
como si estuviera	
vendiendo la jaula	as if he were selling the cage

una pareja de	
turpiales	a pair of turtle doves (birds)
acercarse a	to approach; come near
rodear	to surround
el índice	index finger
la cúpula	dome; cupola
los nudillos	knuckles
llenar	to fill
los acordes profundos	deep chimes (chords)
por dentro y por fuera	inside and out
un loro	parrot
el apuro	need, hurry
encogerse de	
hombros	to shrug one's shoulders
secarse el sudor	
del cuello con el	
pañuelo	to dry the sweat of one's neck with a handkerchief
sumamente	extremely
abanicarse con	
energía	to fan oneself energetically
sonriente	smiling (adj.)
a pocas cuadras	a few blocks away
una casa atiborrada	
de arneses	a house pack with harnesses

un olor	odor; suspicion; trace
la novedad	newness; novelty
hacer la siesta	to take a nap
un alboroto de	
muchas voces	a commotion of many voices
sentirse (e→ie)	
bien	to feel well
soler (o→ue)	to be accustomed to
experimentar	to experience
la piedad	pity; mercy
arrastrar los pies	to drag one's feet
demorar	to delay
un ventilador	
eléctrico	electric fan
vigilar	to watch over
los rumores de	
la casa	noises of the house
corpulento y peludo	corpulent and hairy
la toalla colgada en	
la nuca	towel hung around the nape of the neck
en calzoncillos	in his underwear (boxer shorts)
las pestañas rizadas	curly eyelashes
agarrarle a uno	
por el cabello	to grab somebody by the hair
morderse los labios	to bite one's lips

susurrar	to whisper; murmur
soltar (o→ue)	to loosen
contratar con un	
menor	to make a deal w/a minor
el rostro	face
rogar (o→ue)	to plead
una palmadita en	
la espalda	a slap on the back
coger rabia	to burst in to a rage
sin parpadear	without blinking
perplejo	perplexed
como el ronquido	
de un perro	like the snore of a dog
lanzarse contra el	
suelo dando gritos	to throw oneself on the floor shouting (tantrum)
apaciguar	to pacify
chillar sin lágrimas	to scream without tears
cortar rebanadas de	
cebollas	to cut slices of onions
brindar	to toast
emborracharse	to get drunk
¡Carajo!	Darn!

La prodigiosa tarde de Baltazar, de Gabriel García Márquez

De: *Los funerales de la mamá Grande*, 1962

La jaula estaba terminada. Baltazar la colgó en el **alero**, por la fuerza de la costumbre, y cuando acabó de almorzar ya se decía por todos lados que era la jaula más bella del mundo. Tanta gente vino a verla, que se formó un **tumulto** frente a la casa, y Baltazar tuvo que descolgarla y cerrar la **carpintería**.

—Tienes que afeitarte —le dijo Úrsula, su mujer—. Pareces un **capuchino**.

—Es malo afeitarse después del almuerzo —dijo Baltazar.

Tenía una barba de dos semanas, un cabello corto, duro y parado como las crines de un mulo, y una expresión general de muchacho. Pero era una expresión falsa. En febrero había cumplido treinta años, vivía con Úrsula desde hacía cuatro, sin casarse y sin tener hijos, y la vida le había dado muchos motivos para estar alerta, pero ninguno para estar asustado. Ni siquiera sabía que para algunas personas, la jaula que acababa de hacer era la más bella del mundo. Para él, acostumbrado a hacer jaulas desde niño, aquél había sido apenas un trabajo más arduo que los otros.

—Entonces repósate un rato —dijo la mujer—. Con esa barba no puedes presentarte en ninguna parte.

Mientras reposaba tuvo que abandonar la hamaca varias veces para mostrar la jaula a los vecinos. Úrsula no le había prestado atención hasta entonces. Estaba disgustada porque su marido había descuidado el trabajo de la carpintería para dedicarse por entero a la jaula, y durante dos semanas había dormido mal, dando tumbos y hablando disparates, y no había vuelto a pensar en afeitarse. Pero el disgusto se disipó ante la jaula terminada. Cuando Baltazar despertó de la siesta, ella le había planchado los pantalones y una camisa, los había puesto en un asiento junto a la hamaca, y había llevado la jaula a la mesa del comedor. La contemplaba en silencio.

—¿Cuánto vas a cobrar? —preguntó.

—No sé —contestó Baltazar—. Voy a pedir treinta pesos para ver si me dan veinte.

—Pide cincuenta —dijo Úrsula—. Te has trasnochado mucho en estos quince días. Además, es bien grande. Creo que es la jaula más grande que he visto en mi vida.

Baltazar empezó a afeitarse.

—¿Crees que me darán los cincuenta pesos?

—Eso no es nada para don Chepe Montiel, y la jaula los vale —dijo Úrsula—.

Debías pedir sesenta.

La casa yacía en una penumbra sofocante. Era la primera semana de abril y el calor parecía menos soportable por el pito de las chicharras. Cuando acabó de vestirse, Baltazar abrió la puerta del patio para refrescar la casa, y un grupo de niños entró en el comedor.

La noticia se había extendido. El doctor Octavio Giraldo, un médico viejo, contento de la vida pero cansado de la profesión, pensaba en la jaula de Baltazar mientras almorzaba con su esposa inválida. En la terraza interior donde ponían la mesa en los días de calor, había muchas macetas con flores y dos jaulas con canarios. A su esposa le gustaban los pájaros, y le gustaban tanto que odiaba a los gatos porque eran capaces de comérselos. Pensando en ella, el doctor Giraldo fue esa tarde a visitar a un enfermo, y al regreso pasó por la casa de Baltazar a conocer la jaula.

Había mucha gente en el comedor. Puesta en exhibición sobre la mesa, la enorme cúpula de alambre con tres pisos interiores, con pasadizos y compartimientos especiales para comer y dormir, y trapecios en el espacio reservado al recreo de los pájaros, parecía el modelo reducido de una gigantesca fábrica de hielo. El médico la examinó cuidadosamente, sin tocarla, pensando que en efecto aquella jaula era superior a su propio prestigio, y mucho más bella de lo que había soñado jamás para su mujer.

—Esto es una aventura de la imaginación —dijo. Buscó a Baltazar en el grupo, y agregó, fijos en él sus ojos maternos—: Hubieras sido un extraordinario arquitecto.

Baltazar se ruborizó.

—Gracias —dijo.

—Es verdad —dijo el médico. Tenía una gordura lisa y tierna como la de una mujer que fue hermosa en su juventud, y unas manos delicadas. Su voz parecía la de un cura hablando en latín—. Ni siquiera será necesario ponerle pájaros —dijo, haciendo girar la jaula frente a los ojos del público, como si la estuviera vendiendo—. Bastará con colgarla entre los árboles para que cante sola. —Volvió a ponerla en la mesa, pensó un momento, mirando la jaula, y dijo:— Bueno, pues me la llevo.

—Está vendida —dijo Úrsula.

—Es del hijo de don Chepe Montiel —dijo Baltazar—. La mandó a hacer expresamente.

El médico asumió una actitud respetable.

—¿Te dio el modelo?

—No —dijo Baltazar—. Dijo que quería una jaula grande, como esa, para una pareja de turpiales.

El médico miró la jaula.

—Pero ésta no es para turpiales.

—Claro que sí, doctor —dijo Baltazar, acercándose a la mesa. Los niños lo rodearon—. Las medidas están bien calculadas —dijo, señalando con el índice los diferentes compartimientos. Luego golpeó la cúpula con los nudillos, y la jaula se llenó de acordes profundos—. Es el alambre más resistente que se puede encontrar, y cada junta está soldada por dentro y por fuera —dijo.

—Sirve hasta para un loro —intervino uno de los niños.

—Así es —dijo Baltazar.

El médico movió la cabeza.

—Bueno, pero no te dio el modelo —dijo—. No te hizo ningún encargo preciso, aparte de que fuera una jaula grande para turpiales. ¿No es así?

—Así es —dijo Baltazar.

—Entonces no hay problema —dijo el médico—. Una cosa es una jaula grande para turpiales y otra cosa es esta jaula. No hay pruebas de que sea ésta la que te mandaron hacer.

—Es esta misma —dijo Baltazar, ofuscado—. Por eso la hice.

El médico hizo un gesto de impaciencia.

—Podrías hacer otra —dijo Úrsula, mirando a su marido. Y después, hacia el médico—: Usted no tiene apuro.

—Se la prometí a mi mujer para esta tarde —dijo el médico.

—Lo siento mucho, doctor —dijo Baltazar—, pero no se puede vender una cosa que ya está vendida.

El médico se encogió de hombros. Secándose el sudor del cuello con un pañuelo, contempló la jaula en silencio, sin mover la mirada de un mismo punto indefinido, como se mira un barco que se va.

—¿Cuánto te dieron por ella?

Baltazar buscó a Úrsula sin responder.

—Sesenta pesos —dijo ella.

El médico siguió mirando la jaula.

—Es muy bonita —suspiró—. Sumamente bonita. —Luego, moviéndose hacia la puerta, empezó a abanicarse con energía, sonriente, y el recuerdo de aquel episodio desapareció para siempre de su memoria.

—Montiel es muy rico —dijo.

En verdad, José Montiel no era tan rico como parecía, pero había sido capaz de todo por llegar a serlo. A pocas cuadras de allí, en una casa atiborrada de arneses donde nunca se había sentido un olor que no se pudiera vender, permanecía indiferente a la novedad de la jaula. Su esposa, torturada por la obsesión de la muerte, cerró puertas y ventanas después del almuerzo y yació dos horas con los ojos abiertos en la penumbra del cuarto, mientras José Montiel hacía la siesta. Así la sorprendió un alboroto de muchas voces. Entonces abrió la puerta de la sala y vio un tumulto frente a la casa, y a Baltazar con la jaula en medio del tumulto, vestido de blanco y acabado de afeitarse, con esa expresión de decoroso candor con que los pobres llegan a la casa de los ricos.

—Qué cosa tan maravillosa —exclamó la esposa de José Montiel, con una expresión radiante, conduciendo a Baltazar hacia el interior—. No había visto nada igual en mi vida —dijo, y agregó, indignada con la multitud que se agolpaba en la puerta :

— Pero llévesela para adentro que nos van a convertir la sala en una gallera.

Baltazar no era un extraño en la casa de José Montiel. En distintas ocasiones, por su eficacia y buen cumplimiento, había sido llamado para hacer trabajos de carpintería menor. Pero nunca se sintió bien entre los ricos. Solía pensar en ellos, en sus mujeres feas y conflictivas, en sus tremendas operaciones quirúrgicas, y experimentaba siempre un sentimiento de piedad. Cuando entraba en sus casas no podía moverse sin arrastrar los pies.

—¿Está Pepe? —preguntó.

Había puesto la jaula en la mesa del comedor.

—Está en la escuela —dijo la mujer de José Montiel—. Pero ya no debe demorar. —Y agregó: — Montiel se está bañando.

En realidad José Montiel no había tenido tiempo de bañarse. Se estaba dando una urgente fricción de alcohol alcanforado para salir a ver lo que pasaba. Era un hombre tan prevenido, que dormía sin ventilador eléctrico para vigilar durante el sueño los rumores de la casa.

—Adelaida —gritó—. ¿Qué es lo que pasa?

—Ven a ver qué cosa maravillosa —gritó su mujer.

José Montiel —corpulento y peludo, la toalla colgada en la nuca— se asomó por la ventana del dormitorio.

—¿Qué es eso?

—La jaula de Pepe —dijo Baltazar.

La mujer lo miró perpleja.

—¿De quién?

—De Pepe —confirmó Baltazar. Y después dirigiéndose a José Montiel—: Pepe me la mandó a hacer.

Nada ocurrió en aquel instante, pero Baltazar se sintió como si le hubieran abierto la puerta del baño. José Montiel salió en calzoncillos del dormitorio.

—Pepe —gritó.

—No ha llegado —murmuró su esposa, inmóvil.

Pepe apareció en el vano de la puerta. Tenía unos doce años y las mismas pestañas rizadas y el quieto patetismo de su madre.

—Ven acá —le dijo José Montiel—. ¿Tú mandaste a hacer esto?

El niño bajó la cabeza. Agarrándolo por el cabello, José Montiel lo obligó a mirarlo a los ojos.

—Contesta.

El niño se mordió los labios sin responder.

—Montiel —susurró la esposa.

José Montiel soltó al niño y se volvió hacia Baltazar con una expresión exaltada.

—Lo siento mucho, Baltazar —dijo—. Pero has debido consultarlo conmigo antes de proceder. Sólo a ti se te ocurre contratar con un menor. —A medida que hablaba, su rostro fue recobrando la serenidad. Levantó la jaula sin mirarla y se la dio a Baltazar—. Llévatela en seguida y trata de vendérsela a quien puedas —dijo—. Sobre todo, te ruego que no me discutas. —Le dio una palmadita en la espalda, y explicó:— El médico me ha prohibido coger rabia.

El niño había permanecido inmóvil, sin parpadear, hasta que Baltazar lo miró perplejo con la jaula en la mano. Entonces emitió un sonido gutural, como el ronquido de un perro, y se lanzó al suelo dando gritos.

José Montiel lo miraba impasible, mientras la madre trataba de apaciguarlo.

—No lo levantes —dijo—. Déjalo que se rompa la cabeza contra el suelo y después le echas sal y limón para que rabie con gusto.

El niño chillaba sin lágrimas, mientras su madre lo sostenía por las muñecas.

—Déjalo —insistió José Montiel.

Baltazar observó al niño como hubiera observado la agonía de un animal contagioso. Eran casi las cuatro. A esa hora, en su casa, Úrsula cantaba una canción muy antigua, mientras cortaba rebanadas de cebolla.

—Pepe —dijo Baltazar.

Se acercó al niño, sonriendo, y le tendió la jaula. El niño se incorporó de un salto, abrazó la jaula, que era casi tan grande como él, y se quedó mirando a Baltazar a través del tejido metálico, sin saber qué decir. No había derramado una lágrima.

—Baltazar —dijo Montiel, suavemente—. Ya te dije que te la lleves.

—Devuélvela —ordenó la mujer al niño.

—Quédate con ella —dijo Baltazar. Y luego, a José Montiel—: Al fin y al cabo, para eso la hice.

José Montiel lo persiguió hasta la sala.

—No seas tonto, Baltazar —decía, cerrándole el paso—. Llévate tu trasto para la casa y no hagas más tonterías. No pienso pagarte ni un centavo.

—No importa —dijo Baltazar—. La hice expresamente para regalársela a Pepe. No pensaba cobrar nada.

Cuando Baltazar se abrió paso a través de los curiosos que bloqueaban la puerta, José Montiel daba gritos en el centro de la sala. Estaba muy pálido y sus ojos empezaban a enrojecer.

—Estúpido —gritaba—. Llévate tu cacharro. Lo último que faltaba es que un cualquiera venga a dar órdenes en mi casa. ¡Carajo!

En el salón de billar recibieron a Baltazar con una ovación. Hasta ese momento, pensaba que había hecho una jaula mejor que las otras, que había tenido que regalársela al hijo de José Montiel para que no siguiera llorando, y que ninguna de esas cosas tenía nada de particular. Pero luego se dio cuenta de que todo eso tenía una cierta importancia para muchas personas, y se sintió un poco excitado.

—De manera que te dieron cincuenta pesos por la jaula.

—Sesenta —dijo Baltazar.

—Hay que hacer una raya en el cielo —dijo alguien—. Eres el único que ha logrado sacarle ese montón de plata a don Chepe Montiel. Esto hay que celebrarlo.

Le ofrecieron una cerveza, y Baltazar correspondió con una tanda para todos. Como era la primera vez que bebía, al anochecer estaba completamente borracho, y hablaba de un fabuloso proyecto de mil jaulas de a sesenta pesos, y después de un millón de jaulas hasta completar sesenta millones de pesos.

Durante dos horas el tocadiscos automático estuvo por su cuenta tocando sin parar. Todos brindaron por la salud de Baltazar, por su suerte y su fortuna, y por la

muerte de los ricos, pero a la hora de la comida lo dejaron solo en el salón.

Úrsula lo había esperado hasta las ocho, con un plato de carne frita cubierto de rebanadas de cebolla. Alguien le dijo que su marido estaba en el salón de billar, loco de felicidad, brindando cerveza a todo el mundo, pero no lo creyó porque Baltazar no se había emborrachado jamás. Cuando se acostó, casi a la medianoche, Baltazar estaba en un salón iluminado, donde había mesitas de cuatro puestos con sillas alrededor, y una pista de baile al aire libre, por donde se paseaban los alcaravanes. Tenía la cara embadurnada de colorete, y como no podía dar un paso más, pensaba que quería acostarse con dos mujeres en la misma cama. Había gastado tanto, que tuvo que dejar el reloj como garantía, con el compromiso de pagar al día siguiente. Un momento después, despatarrado por la calle, se dio cuenta de que le estaban quitando los zapatos, pero no quiso abandonar el sueño más feliz de su vida. Las mujeres que pasaron para la misa de cinco no se atrevieron a mirarlo, creyendo que estaba muerto.

FIN

Preguntas:

1. ¿Cuánto tiempo había tardado Baltazar en hacer la jaula?
2. ¿Cuál se comportaba Baltazar últimamente, según Úrsula?
3. ¿Cuánto dinero quería pedir Baltazar por la jaula?
4. ¿Estaba de acuerdo Úrsula?
5. ¿Quiénes fueron a la casa para ver la jaula?
6. ¿Cómo era la jaula? Descríbela.
7. ¿Quién quiso comprar la jaula, pero Baltazar dijo que no?
8. ¿Para quién había construido la jaula Baltazar?
9. ¿Quién era José "Chepe" Montiel?
10. ¿Cómo era? Descríbelo.
11. ¿Y su mujer? ¿Quién y cómo era? Descríbela.
12. ¿Qué pensaba Baltazar de la gente rica?
13. ¿Cómo reaccionó José Montiel cuando vio la jaula?
14. Cuando su hijo se dio cuenta que no podía tener la jaula ¿qué hizo?
15. ¿Qué hizo Baltazar?
16. ¿Cómo termina el cuento?
